CAPITULO IV.

CONTINUA LA HISTORIA DE JOSE MARIA GOMEZ.

BIEN pronto adquirió Gomez la costumbre de ser pródigo, y su modo de vivir le proporcionaba las ocasiones de desperdiciar y derrochar cuanto adquiria; de manera que cuando á Gomez le faltaba algo, sentia en su interior una impaciencia que no podia dominar y se encontraba entonces capaz de todo, por tal de ver satisfechos sus menores caprichos.

Su buen amigo, á quien conocian todos por el sobrenombre de *El pájaro*, era quien le ponia las ocasiones y quien lo adiestró en su ejercicio.

Estando un domingo Gomez y el Pájaro en la plaza del pueblo de S. Pablo Apetatitla, de tránsito para sus correrías, vió Gomez una muger.

Por la primera vez sintió Gomez todo el poder de la pasion, por la primera vez tembló de amor.

Aquella muger era hermosísima.

Era la muger mas bella del pueblo.

Gomez, desde el momento en que la vió, no tuvo ojos mas que para aquella muger: averiguó su nombre y sus circunstancias.

Se llamaba Salomé, era casada con el dueño de una hacienda inmediata, no habia tenido sucesion y era víctima de un marido celoso.

Gomez era á la sazon un mozo presentable, era gran ginete, y su color bronceado y sus maneras no carecian de atractivo para la muger que fuera capaz, como lo son muchas, de hacer de un *charrito* el bello ideal de sus ensueños.

Sin duda hubo de brillar algo en la profunda mirada de Gomez, supuesto que Salomé al verlo se estremeció, y algo como el aviso secreto de un destino futuro, hizo palpitar simultáneamente aquellos dos corazones acobardados uno delante del otro.

La forma de este amor era esta: el terror.

Salomé tuvo miedo al ver á Gomez.

Gomez tembló al ver á Salomé.

A la vez que el amor, los celos entraron al corazon de

Gomez, como para que no faltaran ni el fuego ni el combustible al mismo tiempo.

Salomé entraba á la sazon á la parroquia.

Gomez entró tras de Salomé y se arrodilló junto á ella, y sin pensarlo, sin vacilar un momento, sacó del forro de su sombrero aquella carta que daba tan buena idea de Gomez.

Sin hablar se la entregó á Salomé.

Esta vacilaba, pero Gomez pronunció esta palabra que salió, la primera, del fondo de todo lo que estaba sintiendo:

—Tómela vd.

Orden, amenaza y súplica al mismo tiempo, tenia aquella palabra tal prestigio, que Salomé obedeció; pero una vez con aquel papel en sus manos no supo que hacer con él.

La sobrecojió la idea de que su marido la viese, y pensando mil cosas á un tiempo creyó de repente haber encontrado una favorable solucion.

La misa tardaria en celebrarse.

Salomé se levantó y se dirigió á una puertecita lateral que comunicaba con el panteon de la parroquia.

Salomé solia visitar allí un sepulcro.

El panteon estaba completamente solo.

Salomé atravesó aquel recinto, doblegando con su falda la espesa yerba que lo cubria, y haciendo volar numerosas bandadas de pajarillos que se sombreaban entre las malezas.

Gomez observaba á Salomé oculto tras de un pilar.

Al fin llegó Salomé al extremo opuesto, y sin volver atras el rostro, se arrodilló, desdobló la carta y leyó.

No era una declaracion de amor sino un certificado; aquel jóven se llamaba Gomez y era mayordomo de una hacienda; tenia tierras y yuntas, era honrado y leal; habia sido llorado en su separacion.

—Ha querido que sepa yo quien es, pensó Salomé; creo que este es un jóven audaz que va á comprometerme; ¿si habré hecho mal en leer esta carta?..... He cometido una imprudencia. Si aun está ese jóven en la iglesia, se la devolveré, y no volveré á fijarle la vista.

El sonido de una campana hizo estremecer á Salomé, y se levantó.

En seguida dió un grito.

Estaba frente á Gomez.

—No se espante usted conmigo, señorita, porque..... me ha bastado verla para que de hoy en adelante sepa usted que cuenta conmigo, con José María Gomez, que está prendado de usted. Ya sé que es usted casada, pero eso no importa; ó mejor dicho, sí importa, porque sé que ese señor la molesta y es injusto con usted; pero mientras yo viva ¡por Dios que no le ha de tocar un pelo!

—Pero..... mumuró Salomé, deseando interrumpir á Gomez, yo no lo conozco á usted...y.....

—Haga usted de cuenta que nos conocemos hace mucho tiempo, porque lo que es yo, la quiero á usted como si hiciera años que la conozco; y la verdad, creo que usted.....

—Van á sorprendernos..... y ¿qué dirán los que nos vean aquí?.....

—No tenga usted cuidado, que para eso cerré la puerta del panteon, y no nos oyen mas que los muertos.

.....

Mas tarde sabrá el lector de qué manera lo que pasó aquella mañana en el panteon, lo supieron tambien algunos vivos.

Seis años despues de este acontecimiento, pedia alojamiento, en la posada del mismo pueblo, una compañía de maromeros.

Venia el payaso en una mula, rendido de consancio y rojo como una remolacha; lo seguian el director, que era todo un atleta, dos hermanos suyos, jóvenes de veinte á veintidos años, dos mugeres y una niña.

Cada una de estas personas venia cabalgando en uno de los caballos del circo, y ademas, traian una carreta de dos ruedas en que venian los equipajes, las cuerdas y los aparatos de la maroma.

Esta carreta era conducida por un carrero y el mozo de caballeriza.

Toda la carabana se alojó en el meson. Como no se habia cuidado de quitar á los caballos los arneses propios del circo, bastaba á los transeuntes ver con el rabo del ojo un freno con borlas ó un mantillon con fleco de oro, para comprender que se trataba de una compañía de cirqueros.

A eso de las seis de la tarde conversaban, sentados en

una de las banquetas del zaguan del meson, el director y el payaso.

—¿Sabes, compadre, que hay aquí muchos muchachos? le dijo el director al payaso.

—Ya lo habia notado, le contestó este; y he notado mas.

—¿Qué?

—Ya sabes que tengo buen ojo.

—¿Has visto algo?

—Ven acá.

Y el payaso obligó al director á pararse en la puerta del meson.

—No está, dijo el payaso despues de haber buscado con la vista algo entre los muchos curiosos, que en la acera de enfrente y cerca de la puerta, no habian cesado de hacer su cuarto de observacion desde la llegada de la compañía.

—¿Ya lo perdiste?

—Ahora no está aquí, pero ya me fijé.

—Bueno; avísame cuando lo veas, y ya obrarémos de acuerdo.

Los dos compadres volvieron á sentarse en la banqueta del zaguan, y se pusieron á fumar.

—Es una diablura, dijo el director, que los aprendices tengan padres: estoy resuelto á no enseñar el oficio este mas que á los huérfanos.

—Por supuesto; y si tienen madre es peor, porque em

piezan con melindres, y á su juicio no hay paso en que sus hijos no estén á punto de matarse.

—No se puede hacer nada: acuérdate de Juan el enano y de Silvestre; ya hacian algo y podian ganar su vida cuando nos los quitaron, y á ese paso nunca lograremos tener una compañía completa.

Algunos muchachos se habian acercado poco á poco, escurriéndose contra la pared para ver de cerca á los cirqueros.

—Mira, le dijo el payaso á su compadre, ¿ves á ese de la blusita amarilla?

—Sí; pero es muy chico.

—¡Mira que piernas!

—Sí, es ancho y parece sano. ¿Y sabes algo?

—No habia querido indagar hasta que tú lo vieras.

—Pues infórmate.

El payaso sacó una moneda de la bolsa, se la puso en un ojo á guisa de lente y dirigió la vista al grupo de muchachos.

Estos se fijaron en el payaso, celebrando la gracia y codiciando la moneda.

El payaso arrojó por alto la moneda y los muchachos se precipitaron sobre ella.

—¿Quién la cogió? preguntó el payaso con una risa grotesca, que infundió confianza á los muchachos.

—Este, dijo uno señalando al mas grande.

—Vete, le dijo el payaso al beneficiado, tú no entras en la otra.

Se retiró el payaso á su lugar y volvió á arrojar otra moneda, y repitió esta operacion acompañándola de mas ó menos chuscadas á propósito para entretener á los muchachos.

Todos habian cojido ya su moneda, menos el de la blusa amarilla.

—Ven acá, le dijo el payaso, toma; y le alargó una moneda de plata. ¿Cómo te llamas?

—Yo me llamo Gabriel.

—¿Y tu padre?

—No tengo padre ni madre.

El payaso y su compadre se vieron.

—Toma, le dijo el payaso, mañana vienes á la funcion.

Y le dió al muchacho un boleto.

A la tercera funcion, Gabriel era amigo íntimo de toda la compañía, y cuantas veces podia se escapaba de su casa para mezclarse con los cirqueros, ver los ensayos y los preparativos de las funciones.

Al cabo de algunos dias empezó á escasear la concurrencia, y la compañía levantó el campo y emprendió su marcha hácia el pueblo vecino.

Serian las ocho de la noche del dia de la partida de la compañía, y Salomé estaba sentada en un taburete cerca de la ventana que daba vista á la calle.

A los piés de Salomé estaba su criada de confianza; la luna bañaba con luz purísima la falda del vestido de Salomé.

—¿Qué se cuenta en el pueblo, Gertrudis? dijo Salomé.

—¡Qué, niña! no te cuente; que esto y decaerme muerta!

—¿Pues qué sucede?

—Que el pobre de Gabriel no parece.

—¿Quién es Gabriel?

—Un muchacho, el huerfanito del herrador.

—¿Conque no parece?

—Ni su luz.

—¿Y qué es lo que se cree?

—Pues dicen que se habrá largado, y otros que quién sabe. ¿Qué dices nada mas, niña de mi alma?

—¡Pobre muchacho!

—Sí, pobre muchacho; le tocó ser siempre desgraciado.

—¿Pues qué mas le ha sucedido?

—Nada; que á ser cierto lo que dicen, la pobre criatura tiene pecados agenos que purgar.

—Cuénteme usted eso, Gertrudis.

—Pues has de estar, mi alma, que fuí esta tarde á ver á mi comadre la de la tienda, que estaba de lo mas acongojada precisamente por la desaparicion de Gabriel, y me contó su historia; pero ¡qué historia, niña de mis ojos!

—A ver, cuéntemela usted.

—Pues figúrate, mi alma, que este es un muchachito á quien tiraron.

Salomé hizo un movimiento.

—Mira, mi alma, dijo Gertrudis, cerraremos la ventana, porque te acaba de dar la *muerte chiquita*.

Estremecimiento nervioso muy comun en todas las gentes, y que por lo general no se determina por causa fija.

—No: estoy bien, siga usted.

—Pues, sí señor, y como iba diciendo, continuó la vieja: á este pobrecito lo tiraron, y yo no lo sabia, y le tocó al maestro herrador recojerlo, y hace cinco años que lo tiene.

Salomé hizo otro movimiento.

—¿Ya lo ves? te está haciendo daño el frio.

—Siga usted, Gertrudis, dijo Salomé con cierta impaciencia.

El maestro herrero, que es tan bueno, adoptó al muchachito, lo bautizó, le buscó *chichihua* y cuando creció lo puso en la escuela, y ya lo queria como si fuera su hijo, cuando ¡cátate, niña! que esta tarde se volvió relojo la criatura. Ya te puedes figurar todo lo que se habrá hecho por encontrarlo y todo el habladero del pueblo con este motivo; y para que conozcas á las gentes te diré: antes ni quien hablara de Gabriel, y ahora que le sucedió algo malo, se empeñan todos en hacer creer que todo lo sabian; es buena que se atreven á decir las gentes que Gabriel es hijo de los muertos!

—¡De los muertos! repitió maquinalmente Salomé.

—Dicen que en el panteon fué donde la madre del niño conoció al autor de sus dias.

—Cuénteme usted eso, Gertrudis, me interesa la historia de ese pobre muchacho.

—Dicen, y de ello no salgo garante, que el pobre niño apenas nació, segun le he dicho á usted, fué puesto en las cuatro esquinas.

—¿Y qué edad tendrá?

—Como de cinco á seis años.

—¿Y no sabe usted mas acerca de él?

—¡Qué se ha de saber sino que se ha perdido!

Salomé no hizo mas preguntas, y Gertrudis no tardó en roncar á los piés de su ama.